

## *“Un romance en Manhattan” pone a Francis Lederer entre las figuras de privilegio*

Dos aspectos se destacan en esta producción de Stephen Roberts. Uno de ellos es la atmósfera ligeramente lírica de un particular atractivo en que se desarrolla la anécdota que le sirvió de base. El otro, la interpretación de Francis Lederer.

Por lo general, las grandes caracterizaciones del cine han de ser, según el público, ampulosas y recitativas, como ese anciano socarrón e impertinente que George Arliss ha disfrazado sucesivamente de Disraeli, de Rostch y de Voltaire y de Richelieu o, según los entendidos, cerebrales, íntimas, intensas como ciertos trabajos de Leslie Howard y Miriam Hopkins. Pero ahora hasta nadie se le había ocurrido que podía salirse de esa alegría sincopada de las revistas musicales, y yendo a otro plano de la alegría, epidérmico, sensual, ofrece una caracterización maestra. Esto es, precisamente, lo que hace Francis Lederer en “Un romance en Manhattan”. Su inmigrante ingenuo y grave: poseído al mismo tiempo del goce físico de vivir: tocado de una gracia casi adolescente ante la cual huiría despavorida cualquier angustia metafísica, es uno de los pocos seres de carne y hueso que han desfilado por las pantallas del mundo en los últimos tiempos. Tanto regocijan su simplicidad, su credulidad, su optimismo, que casi conmueven. Parecería que este Karel Novak hubiera escapado del burlesco que es la fría orden del director en el “set” y se hubiera lanzado a una vida propia, independiente de la ficción. Tal es la sensible, la inteligente espontaneidad con que este muchacho húngaro, en quien no creímos mucho al parecer, presuntuosamente, en “El derecho a la felicidad” – nos regala uno de los trabajos más interesantes del año cinematográfico.

### *Donde se poetiza lo humilde y lo cotidiano*

Ante esta alegría de dios heleno parece un poco avergonzada la alegría de “fox – trot” de Ginger Rogers, compañera de romance a quien privan esta vez del excitante zapateo de Fred Astaire o de la americana atmósfera de “cocktails”, frases irónicas y jazz histérico que le es habitual aún en sus esfuerzos dramáticos. Un tanto desteñida, un tanto excesivamente delgada, un tanto perpleja frente a la avasallante juventud y empuje de su compañero, Ginger parece la réplica de lo construido y medido cuidadosamente en el “set” frente a lo “vivido” por él con tan reciente intensidad como aguda conciencia de intérprete.

En este simple romance del inmigrante que burlando las leyes de Estados Unidos, se queda y lucha tenazmente por el centavo cotidiano, contagiando de su amor por la vida a una joven corista de espíritu ligeramente escéptico, corrompido ya por la existencia en la gran ciudad, Stephen Roberts mantiene una línea uniforme, una encadenación grata de los episodios que en mano de otro director y otros intérpretes, hubieran resultado sosos y sin consecuencias.

Se poetiza, así, lo humilde y lo cotidiano – fórmula artística que es una de mis personales debilidades – y se consigue una película llena de sutil encanto. No se ha hecho el director aún una “manera” – entendámonos: posee reminiscencias su “Romance en Manhattan” de Borzage y Frank Capra: pero todo se andará. Mr. Roberts está en el candelero y en estos últimos tiempos los “studios” de Hollywood le han brindado varias de sus mejores oportunidades.

La línea de la obra se quiebra ligeramente al final, compuesto exclusivamente de episodios cómicos – aunque finos y espontáneos como correspondía- pero sin que llegue a resentirse la unidad artística de la comedia, que se recomienda calurosamente.

**R.A.D.**